

y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

Poeta y señor de oro molido



Ha muerto en Méjico Luis Rius

EN uno de esos veranos gloriosos, el más glorioso de todos, nos trajo Angel González un largo tipo de buen semblante al que muy pronto quisieron hasta las piedras, quizás ya su banderillero cristofórico en el rudo contraste unamuniano. Verano prolongado por fortuna por el año sabático del profesor Luis Rius, durante el cual hice la amistad más meritoria que haya tenido.

Ahora, Inés dejará unos días a Medina sin esa amanecida crepuscular porque su hermosura no saldrá a la calle de pura tristeza; la tarde será realmente tarde y muy oscura. El recorrido por los pinares traidores hasta la cuesta con las recitaciones lopianas habrá de eternizarse en tu homenaje, y todos los homeros, crotalistas y gentes de la copla y el verso levantarán las copas como siempre, pero no como siempre, ya se comprende. Viajes y viajes ciudadanos, Oliver, viejo Anselmo, Plaza Mayor, Chinitas, el Nemesio, y de fondo, conciertos desafiados mientras exhibías los elegantes lances de capa del Calesero. Y ya que estamos en ello, aquel Cossío; primero, pago de un pleito; luego, regalo por tu detalle financiero y, al final, o todavía no, en la estantería del doctor escurialense, literato senador de pulsos alterados.

Casa de Tarancón, jardín abandonado, mejor silvestre, que Olga definía viscontiniamente; zarajos por arrosas en la cantina de tu buen vecino; lleguemos hasta Huelves y los muebles decó de la tía Elisa, perito agrimensor que me nombrabas para la finca del camino, viejo, y luego una vez más, nuestro fracaso para dar con la tumba de Manrique. Bueno, no pasa nada, que hay poblados en el largo regreso y la sed es mucha. Y la versión Rius de la boda en Villamañán, es otro asunto, con el regreso por la Tábara de su León Felipe. Peña de mozos puesta a su nombre y allí les informaste de quién era el santo titular del regocijo, y prometiste libros y hasta una conferencia felipista; no podrá ser. Y la vuelta-espionaje que contábais por la torre Bracamonte con la información de la vieja autoestopista; sí, señor, familia de las principales.

Señor Luis, tan derrochador de luses, generoso sujeto, ya no eres sino la sombra larga proyectada sobre el guijarro de la empinada calle segoviana. Quién de los que estábamos no te recordará, tan largo como eras, bajo el peso del costal lleno de cardos: Frutería de portal y comentario doctoral sobre el manjar navideño, Rius que desaparece, y cuando la preocupación general era en qué bar lo encontraremos, allá en lo alto de la calle empinadísima, el costalero Luis venía a tropicónes y sin resuello con cardo para toda la tropa y para siete Pascuas.

Cientos y cientos de historias se agolpan en el recuerdo como empujándose en que no te has marchado, o lo contrario. Y el maestro español que introdujo el viento en el mariachi, y el perdón de salomé-genovés, y las coplas del Sieteleguas, y los versos; y el gesto sempiterno de contarte las miles de pulsaciones por minuto, con la espantada final al modo de tu admirado Gallo.

Nada, a lo que vamos, amigo inolvidable, pasa lo que tiene que pasar, que en todos los lugares, calles, barrios, villas y ciudades donde estuvo Luis Rius se descubren placas con su nombre y el verso alusivo. Bueno, mejor, que en todos los corazones de quienes lo conocieron, el estremecimiento, ese encogimiento angustioso es sin duda la ceremonia de descubrir una placa para siempre. Y si de tu amigo Felipe se dice ya poeta de barro como hiciste clásico, de ti se sintió siempre que eras hombre y poeta de oro molido.

JAIME LORENZO

La novela de Ignacio Fontes

DE San Javier, en Murcia, y de 1947, Ignacio Fontes cuenta en su haber con una larga trayectoria como profesional del periodismo —escritor de periódicos y hombre que ha asumido cargos de responsabilidad en la Prensa, desempeñándolos con inteligencia y originalidad— y con trabajos narrativos destacados como «Cuentos del amor a la lumbre», que apareció en la Gaya Ciencia hace tres años, y «Rojo, rosa, negro», de reciente salida, y que conocemos inéditos (del cual se ha publicado en estas páginas, en el verano de 1983, un fragmento significativo).

Fontes ganó el último Sésamo convocado con «Casa habitada por murciélagos», que acaba de aparecer en «Debate Literatura». Al desgarrar y desenfado que define su habitual estilo, notas que ya caracterizaban «Rojo, rosa, negro», novela no sé si escrita antes o después, pero formalmente emparentada con la que hoy comentamos, se añade en un sentido que a mí me parece muy «faulkneriano», un elemento más: el simbolismo. Este simbolismo que advertimos no trata de apuntar a un objetivo concreto extraliterario. Se queda en sí mismo y funciona como un juego. No estamos, pues, ante una novela «comprometida», según el ya antiguo lenguaje de los franceses del 40, como no se le quiera otorgar ese significado a la confusión, las contradicciones y el absurdo de la guerra en los mares Mayor y Menor, envueltos en evocaciones de la mitología griega, quedando Itaca como el lugar de regreso seguro.

Fontes narra con vigor los hechos de una guerra, en clave de humor e ironía, de la que no se escapa ni las brillantes imágenes ni el lenguaje metafórico del autor. Ejemplo: «En ese momento, dos enemigos alcanzados dibujaban un Tapies en el lienzo aéreo, un aspa gris

El pasado habitado por murciélagos



● Fue premio Sésamo 1983

al encuentro con el agua, que haría de marchante» (página 58). Advierto que hay resonancias borgianas en el relato, pero quiero insistir en la originalidad de su planteamiento y desarrollo. En el juego de Fontes cuenta, a continuación de un «Final feliz (provisional)», como escribe el autor, una especie de lista de títulos de crédito, se diría en un filme, y vemos como quiere para sus personajes la encarnadura de Jean Peters, Francisco Rabal, Rod Steiger y otros por ejemplo: el general Pinochet, María Casares, Ana Belén, Rafaela Aparicio o Sancho Gracia. También están la

Espert, López Vázquez, Serrat y Sacristán. Si el precavido lector conoce antes esta relación que llamamos «crédito», según la costumbre cinematográfica, se serviría de ella para hacer en su imaginación más vivas las situaciones y las escenas de la narración.

¿Se trata de un cuento de política-ficción, de guerra-ficción, entre las fuerzas imperiales del Corregidor y las del libertador Tricófero de Barry? ¿Y el tono conradiano? He aquí otra devoción del autor fácilmente reconocible. «Penélope Pirata, atareada en su ruca» revive su mito con desenfado.

Pero el final auténtico —«hoy ha sido un día ajetreado con un final monótono y amargo»— con el pasado al otro lado de la puerta, «habitado por murciélagos», no es, sin ninguna duda, tan feliz... El «feliz» provisional desaparece.

Excelente relato «Casa habitada por murciélagos», que no se atiene a las preceptivas ni a las escuelas y tendencias al uso; Fontes hace su andadura novelística, aventurándose en las abruptas regiones narrativas, con ironía, con humor y por su cuenta y razón.

E. G. R.

Las letras son una fiesta social

Las guerras literarias

ANTES, cuando las letras eran un valor social, se prodigaban las guerras literarias. Corrían ríos de tinta azul o negra. Las estilográficas o las máquinas de escribir eran lenguas ortopédicas, el otro yo de la palabra hablada. Ahora reina la paz literaria y las lenguas-sables, enfundadas en sus vainas, apenas dicen esta boca es mía.

La literatura es casi un residuo marginal. Los creadores apenas cuentan en eso que pretenciosamente se llama literario o sociología de la literatura. Véase Robert Escarpit, L. Goldmann y compañía. La creación es la marginalidad, la soledad. Es imposible hacer obra de arte en medio de esa fiesta social que es hoy la literatura, manipulada por ejecutivos, «tecnóletras», listillos, críticos, diletantes con pasta dorada, aplaudidores, negociantes, bulderos, toda esa fauna y flora que asiste a los bautizos de libros, escucha, sonrío, aplaude, bebe y no rompe su copa. Ya no hay

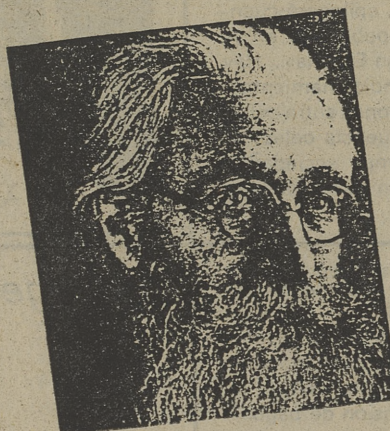
visones por Madrid, aunque todavía pueden verse algunos raros ejemplares en restaurantes de cinco tenedores y hoteles de lujo, sonriendo con cara de conejo para despertar a la clase democrática, rompiendo burbujas de champán por la libertad de estos días.

Los visones se refugian en sus mansiones de lujo, lejos de los peligros de la calle. Algunos más ilustrados y liberales, aparecen rara vez, por actos literarios de postín para demostrar que la clase dirigente, la que tiene el dinero bien cogido por las barbas, está en todas partes, incluso en la cultura.

Pero lo normal es que los visones anden por otros predios, como en el reparto de dividendos en torno a la gran mesa familiar, cenas políticas, veladas de guantes blancos, entierros con lágrimas de cocodrilo, bodas con granos de diamante, sonrisas y besos, cacerías de zorros míticos, cócteles con cristal de bohemia y otras menudencias.

Las guerras literarias, que diría Machado, don Manuel, no llegarán al Ateneo. Todo lo más alguna cacería si se despista algún visón ilustrado o se equivoca el conejo de la suerte y ante el murmullo de los socios atónitos se declara democrático, creador, poeta, en vez de autoritario, burócrata, prosificador de convocatorias y tarjetas de visita. Por el Ateneo, hace mucho tiempo que no van ni

(Pasa a la página 3.º)



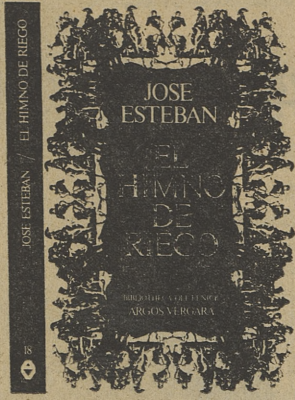
LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Lucha por las libertades

«El himno de Riego», de José Esteban. Biblioteca del Fenice, Argos Vergara.

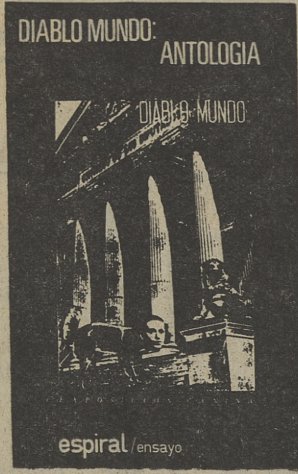
José Esteban, que es de Sigüenza y de 1935, escritor y poeta al que se deben interesantes trabajos literarios, entre los que destacan los resultados de su preocupación por la novela social española de antes de la guerra civil, ha rescatado la figura del general Riego, el primer gran luchador moderno por las libertades en este país, para ofrecernos una muestra de lo que podría llamarse historia-ficción. El general Riego dirige a su mujer, en la obra de José Esteban, sus memorias, en las que se inscriben reflexiones sobre la política española, que tienen como finalidad su aplicación al análisis de acontecimientos posteriores. Tal es el método del autor. Se trata de una especie de descubrimiento del pasado para iluminar mejor la historia del presente.

—El himno de Riego constituye, además, un excelente relato, contado con maestría.



La República desde dentro

«Diablo Mundo: Los intelectuales y la República. Antología», de Nigel Dennis. Espiral, Ensayo.

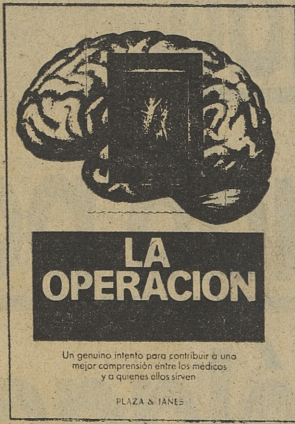


La República vista desde su interior: tal es la empresa en que se ha embarcado Nigel Dennis, el antólogo de la publicación «Diablo Mundo», efímera plataforma de 1934. Apareció «Diablo Mundo», revista fantasmal, durante nueve semanas. El autor valora los principios que la animaron y la «naturaleza de sus logros». En una introducción analiza con rigor las circunstancias que justificaron su aparición y su corta vida, la campaña que se desarrolló contra ella y contra la República para su destrucción. En la antología se recogen trabajos publicados en sus páginas por Corpus Barga, Julián Gorkin, José Bergamín, Pascual Carrión, Edgar Neville, Alberti, Alexandre, Antonio Espina, Quiroga, Ugarte, Max Aub, Benjamín Jarnés, Gómez de la Serna y otros. Aquí cristalizó el «republicanismo intelectual».

Secreto médico

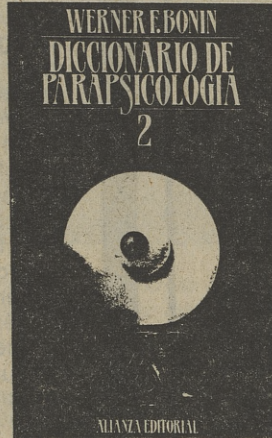
«La operación», de Gordon Thomas. Plaza Janés.

He aquí un relato novelado, realizado sobre los datos obtenidos en el hospital, a través de entrevistas con médicos, sanitarios y pacientes. El autor trata de reconstruir el verdadero esquema de las relaciones humanas en el clima dramático de la neurocirugía, tan lleno de desmoralizaciones y hasta desesperaciones, por parte de los enfermos. Gordon Thomas es autor de best-sellers como «Pontífice» y «El día en que se hundió la Bolsa», bien conocidos en nuestro país. Ha sido periodista destacado en su país, corresponsal del «Daily Express» en seis guerras y experto guionista de cine, premiado en Montecarlo. Ha depurado el contenido de su relato de toda posible carga literaria y se ha ceñido a sus datos, en esta obra última, «La operación», que se lee con indudable interés.



Más allá de los sentidos

«Diccionario de parapsicología», de Werner F. Bonin. Alianza Editorial.

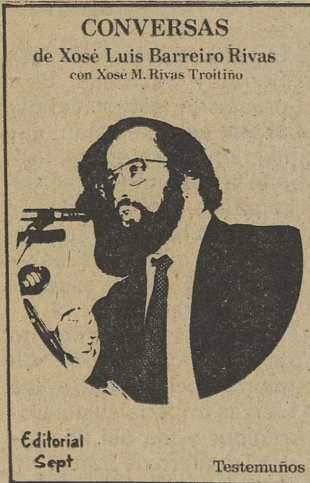


He aquí un diccionario —que aparece en dos volúmenes— que despertará un apasionado interés en muy concretas zonas de lectores, sobre todo en aquellos grupos que siguen con fiel atención los fenómenos que se clasifican como extrasensoriales. El autor es profesor de Antropología Filosófica en Stuttgart y doctor en Psicología, Etnografía y Ciencias de la Religión. Su trabajo responde a un método clarificador, puesto que trata de resolver confusiones y establecer los límites de la parapsicología, para separarla de fenómenos ajenos, como pueden ser el espiritismo, el ocultismo, la magia o la astrología. En el diccionario hay historia, hay biografía y hay una rica aportación bibliográfica. Reúne una amplia información difícil de encontrar en otras obras.

Pueblos de España

«Conversas», de José Luis Barreiro Rivas, con José M. Rivas Troitiño. Editorial Sept. Colección Testemuños.

Un libro en gallego, escrito para el pueblo que usa esta lengua, pero muy interesante para todos los españoles, es el que nos ofrece la Editorial Sept, de Santiago de Compostela, y que se debe a José M. Rivas Troitiño, feliz cultivador de una fórmula que ya hemos analizado en estas páginas más de una vez: la conversación. Troitiño expone las ventajas de este método, apoyándose en interpretaciones de Eduardo Chamorro y Víctor Márquez Reviriego y en las valoraciones de Juan Cueto y José Luis Aranguren. El autor plantea sus diálogos con Barreiro de un modo brillante, de acuerdo con un esquema que abarca desde las implicaciones de la política hasta los problemas específicos de Galicia, pasando por los orígenes vitales y las vivencias del entrevistado. Libro de especial interés político tanto por su brillantez como por su rigor.



De filosofía moral

«Debate sobre el aborto», de J. Finnis, J. J. Thomson, Michael Tooley y R. Wertheimer. Catedra.



En su colección Teorema, Catedra anuncia que recogerá una serie de ensayos sobre problemas de vida pública y privada que interesan a la filosofía moral. A juzgar por este título, se trata de ofrecer una plataforma a cuantos, desde un punto de vista ético, están preocupados por temas que, como el del aborto, centran la atención de los polemistas y abren amplias y profundas controversias. En este libro aparecen cinco ensayos de filosofía moral, que constituyen la definición de cinco posiciones, algunas radicalmente enfrentadas entre sí, sobre la legalización del aborto. Sobresale entre estos cinco trabajos el que firma la profesora Thomson, del Instituto de Tecnología de Massachusetts, que realiza una defensa del aborto basándose en reflexiones e hipótesis muy originales.

La sombra de Caín

«Algunas consideraciones sobre delito y sociedad», de Jesús Vicente Chamorro. Ediciones Albia.

Ya se ha presentado en Madrid la nueva colección «La sombra de Caín», publicada por Editorial Albia, bajo el consejo jurídico de Jesús Vicente Chamorro, fiscal del Tribunal Supremo y hombre prestigioso en la vida intelectual y política. Están en las librerías tres títulos de «La sombra de Caín», con las firmas de Juan Antonio Porto, director de la colección; Bernardo Díaz Nosty y José Manuel Vilabella. También ha aparecido el de Chamorro que, como asesor, epilogará cuantos trabajos monográficos se publiquen en la serie. «Mil crímenes de sangre en España... Hay que conocer su origen y sus condicionamientos. Chamorro establece las vinculaciones entre delito y sociedad, y estudia la delincuencia colectiva —característica de las modernas sociedades capitalistas— en el siglo XIX y en las sociedades avanzadas.



El juego de la nostalgia

«Soldaditos de Pavía», de Manuel Longares. Editorial Seix Barral.

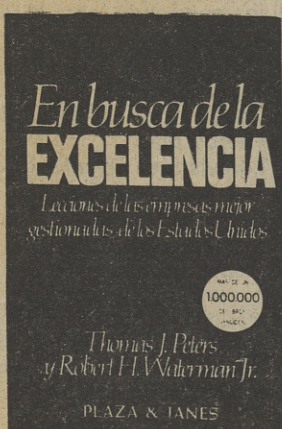


Juego de la nostalgia el que emprenden y en el que se enajenan los ancianos actores asilados en una residencia fundada por unos «marqueses de alcurnia» para los que por su edad se retiran de la escena. Recuerdo e imaginación se funden en una tarde de invierno y los ancianos recrean su antiguo repertorio del género chico, convirtiéndolo en una nueva ficción, una fábula en la que suman las situaciones extraídas de la zarzuela. El autor, Manuel Longares, que ya nos dio pruebas de su talento para construir el armazón de narraciones difíciles y originales cuando publicó «La novela del corsé», da en «Soldaditos de Pavía» un paso adelante y con audacia estructura una historia en la que se entremezclan la fantasía y la dura realidad. Excelente novela, abundante en situaciones bien trabadas en clave de ironía por el autor.

Enseñar el capitalismo

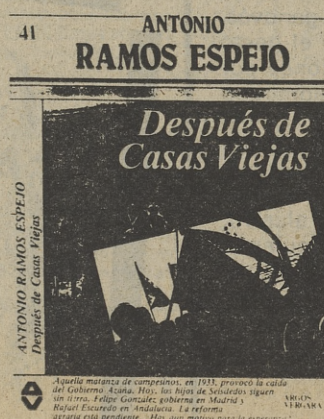
«En busca de la excelencia», de Thomas J. Peters y Robert H. Waterman. Plaza Janés.

¿Dónde está la clave del éxito en la gestión empresarial?, ¿por qué unas empresas triunfan, mientras que otras similares se estancan en la mediocridad o llegan a la suspensión de pagos? La respuesta a éstas y otras preguntas se encuentra en este libro, en el que dos altos ejecutivos de la famosa multinacional consultora McKinsey han buscado el denominador común de las empresas de éxito, intentando apartarse de la tendencia actual de sólo seguir el ejemplo japonés. Los autores han descubierto ocho principios característicos de las empresas bien dirigidas, muchos de los cuales utilizan las empresas japonesas, pero también las norteamericanas. Una de las claves del éxito está, según este libro, en la voluntad de experimentar y asumir riesgos. «En busca de la excelencia» es un desafío contra el predominio del racionalismo; pero no se inclina claramente a favor del «modelo de las relaciones humanas», sino que propugna un camino intermedio.



La tragedia andaluza

«Después de Casas Viejas», de Antonio Ramos Espejo. Primera Plana, Argos Vergara.



Ya se conoce lo sucedido en Casas Viejas, inusitada represión de un movimiento de carácter anarquista, represión que tantos disgustos daría a don Manuel Azaña, en cuyo *debe* fue injustamente anotada. Uno de los militantes sindicalistas de Casas Viejas, Seisdedos, resiste en una choza el ataque de los guardias del capitán Rojas. En el cerrado acoso es incendiada la choza de la resistencia, y sólo se salvan María Silva y el niño Manuel García Franco, nietos de Seisdedos. Personajes de entonces y personajes de hoy nutren con sus recuerdos y su visión de la actual realidad el libro de Antonio Ramos Espejo. Los problemas de entonces y los de ahora reciben la aportación de los testimonios reunidos por Ramos Espejo, del que aún sigue vivo el gran reportaje sobre el caso Almería.

Sobre Francisco Umbral

La lírica es memoria y tiempo



En el último libro de poemas de Blanca Andreu (Báculo de Babel) leemos la siguiente cita de Elitis: «Sé que todo esto no es nada y que la lengua que hablo no tiene alfabeto.» La cita es precisa y oportuna para el propósito de este artículo. Pocos escritores, vivos, en nuestro país para los cuales la investigación lírico/narrativa, sea tan importante como para Francisco Umbral. Elitis habla de la imposibilidad de reflejar el interior/referente del lenguaje «¿privado?» dentro de la publicidad formal del único lenguaje, desde Wittgenstein, conocido: el público. Junto a Cela, la literatura de Umbral es el intento más importante en nuestros días de investigar lo que yo llamaría la lingüística del secreto. Francisco Umbral ha sabido, en su narrativa, desarrollar una investigación lingüística de primer orden y, claro, es sabido que un escritor es básicamente alguien para el que el lenguaje es, ante todo, una magia, una alquimia con/la que/dentro de la que realizar el prodigioso experimento de lo lírico. La literatura o es lírica o no es. O la lengua sirve/nos/se sirve para dramatizar la tensión poético/lírica del transcurrir intralingüístico o no es nada, salvo mala o insignificante literatura. Francisco Umbral ha centrado su trabajo lingüístico precisamente ahí. Su narrativa trata de dar fuga y línea y voz y rostro a la inviolable privacidad de la inconsciencia lírica, ¿cómo?: por medio de un exhaustivo estudio del funcionamiento conceptista y barroquizante del idioma.

La prosa de Umbral tiende habitualmente a conseguir un rompimiento, una fragmentación semántica y significativa del texto narrado. La reiteración de bruscas adjetivaciones, el constante ir y venir de la conciencia que narra hacia lo narrado y al revés, forma parte de esa técnica. Umbral trata de obtener un beneficio lingüístico barroco al forzar y tensar al máximo la oposición sujeto-privado/narrador, objeto público narrado, de manera que lo lírico nazca y se produzca como el fluir ininterrumpido y dialéctico entre lo «exterior/interno» del lenguaje y lo «interno/otro» del supuesto objeto no lingüístico. Ejemplo de lo que digo podrían ser, sobre todo, «Las ánimas del purgatorio» y, básicamente «El hijo de Greta Garbo». En esta última prosa, la narrativa de Umbral ha alcanzado, a mi juicio, una gran perfección formal. Un significativo: la blancura. Un significado: la madre muerta/viva en la recreación lírica de la conciencia de ella por parte del escritor, dan lugar, en su coito, al signo todo que es, no un objeto/referente del texto, sino el propio texto narrado/narrándose. Y eso es la lírica. Lo lírico consiste en ir buceando en el gestarse mismo del lenguaje, en ir encontrándonos disueltos, pero a la vez presos, en la ejecución de su funcionamiento y estructuras.

El forzar de una manera sistemática la disposición «natural» del adjetivo con respecto al sustantivo. La práctica constante de la impertinencia semántica, la reiteración, ir y vuelta a venir de estructuras y oraciones, la simetría entre los significantes y los significados que, a la postre, quedan y se reducen a los primeros, son algunos de los recursos formales que la narrativa umbraliana utiliza para conseguir el único fin que le interesa: desvelarse a sí misma el secreto de la experiencia lírica. Memoria y lirismo son las claves de toda la producción narrativa de Francisco Umbral. La lírica, lo lírico, configura lo consciente al determinar su existencia en su ejercicio, lleva del sueño prologado a la lógica del sueño; es decir: a la gramática y, consiguientemente, a la realidad. Es por ello que la prosa de Umbral investiga el componente mágico que la experiencia lírica posee y, en última instancia, es.

De ahí, Elitis: «La lengua que hablo no tiene alfabeto.» Claro. Narrar, establecer nuestra secreta relación con el subterráneo del lenguaje es la única alternativa que la novela y, en general, la literatura pueden hoy adoptar. Joyce, Kafka, Proust, Beckett, etc... nos dan pistas, nos orientan, nos desvelan parte del misterio inexistente de las palabras. Escribir es jugarla con el lenguaje. Así de claro. Todo lo que no sea eso es huero y ridículo verbalismo. La lírica es el único camino que el escritor ¿o la escritora?, ¿hay diferencia?, tienen para darse a sí mismos/as cuenta y razón, no tanto de su existencia, cuanto de la angustia irrefrenable, del padecimiento y del dolor de su advenimiento formal: la narrativa. Esto es lo que Umbral muestra y ofrece al lector: su propio despedazamiento en el lenguaje. Narrar el propio e íntimo subterráneo. Elegir el secreto de nuestra cárcel lingüística y desde él, a la contra, verse y quererse condenados, como en el laberinto micénico, a caminar ausentes por entre las circunvalaciones del subterráneo, del fragmentario, delicado y amenazante mundo de nuestra intimidad imaginada: eso, memoria y tiempo, es la lírica; eso es la literatura toda de Francisco Umbral.

JOAQUIN CALOMARDE

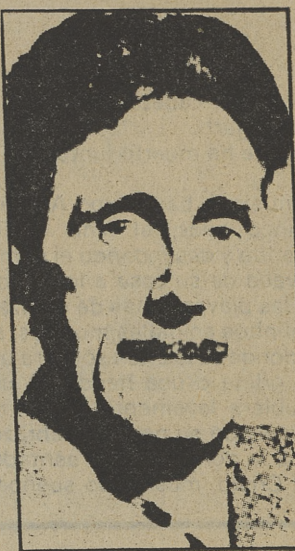
La literatura de anticipación

Los «catastrofismos» novelísticos

Los expertos estarán ocupados en comprobar la fidelidad actual de las profecías de Orwell. Y con el año nuevo, la inversión de las dos últimas cifras de 1948, un año pasado, poco antes de morir, por el genial inglés en la lejana Escocia, cobrará carácter simbólico.

Entre Karel Capek y Ray Bradbury, Orwell fue uno de los últimos creadores de la novela de anticipación. La novela utópica había nacido con Wells, pero su pesimismo significaba solamente una inquietud de la que se sirvió para criticar a la sociedad victoriana desde un punto de vista socialista. Al final de la primera guerra mundial la novela de anticipación ya es verdaderamente negativa, simbolizando un futuro muy pesimista para la Humanidad. El «catastrofismo» es, sobre todo, un «catastrofismo» tecnológico: a partir de 1918 los autores utopistas van recrear un universo en el que el maquinismo y la automatización darán lugar a una sociedad igualitaria caracterizada por la pérdida de la individualidad humana, negando las tesis decimonónicas de Jules Verne.

Romain Rolland escribe en 1920 el guión para la película «El motín de las máquinas»; en el mismo año los hermanos Capek, de nacionalidad checa, profetizaron en «RUR» la aparición del hombre artificial, el robot, una máquina creada para el trabajo capaz de engendrar generaciones sucesivas de robots. A partir de ellos y hasta llegar a Huxley y Orwell surgen los nombres del ruso Zamiatin y el polaco Witkiewicz. El ingeniero ruso sacó la con-



Orwell

secuencia principal del catastrofismo tecnológico. El Estado Unico Estandarizado. Como Zamiatin, Witkiewicz había vivido la Revolución de Octubre y creído firmemente en ella. Sus dos novelas catastrofistas, «Adiós al otoño» e «Insaciabilidad», tienen una estructura parecida: la primera parte adopta la forma de novela pedagógica; el protagonista principal, a través de experiencias vitales, se sumerge en los puntos de vista del autor. La segunda parte — me refiero a «Insaciabilidad» — representa la muerte del individuo aplastado por un proceso de socialización e igualación que se impone exteriormente por medio de la invasión china — «el peligro amarillo» —, el



Huxley

creencia nostálgica basada en la fe que tenía en la restauración de una nueva Edad Media — en la línea del libro de Berdiaev del mismo título —, donde unas élites conservarían su individualidad. El «catastrofismo» de Witkiewicz es histórico y no tecnológico. Por los mismos años se vio respaldado tras la publicación de las obras de Ortega, Spengler y Jaspers sobre el fin de la cultura y el comienzo de una civilización masificada.

Entre este bloque de autores y Huxley y Orwell las coincidencias son notables: como Karel Capek en «La guerra de las salamandras», Orwell acude en «Rebelión en la granja» a la fábula animal para

mostrar el fracaso de la idealización de un intento de organización política; la geografía del escenario de «1984» tiene su precedente en la ciudad de casas aisladas del «Nosotros», de Zamiatin, y el Londres orwelliano se encuentra en perpetua guerra con Euroasia, reinventando el «peligro amarillo» de Witkiewicz; la mujer de nombre I-330 en «Nosotros» y el señor Savage de «Un mundo feliz» pertenecen a la estirpe de los seres humanos «naturales» que se oponen al pensamiento de la máquina; en «Insaciabilidad», los chinos realizan sus conquistas distribuyendo una droga — la píldora de «djevamesk» — que deja a los hombres sumidos en la felicidad inconsciente, de igual manera que el «soma» es el alimento de los prototipos de «Un mundo feliz».

Existe, no obstante, una diferencia radical entre la obra de Orwell y las anteriores: «1984» fue escrita después de la segunda guerra mundial; el nazismo había sido derrotado. La propia experiencia biográfica de Orwell puede inducir a pensar que la sociedad reflejada sea la estaliniana. Por otra parte, la tradición de la novela de anticipación negativa puso su acento en la uniformidad, la era tecnológica y los medios masivos de comunicación, sin cuya presencia el control totalitario no es posible. Pero pensemos también en los Estados policías de algunas democracias occidentales.

Juan C. VIDAL

Las guerras literarias

(Viene de la página 1.º)

Valle-Inclán ni Unamuno, pero amenizar la fiesta con el ingenio y la tijera de la lengua.

A Valle-Inclán le vi el otro día por Recoletos es-pantando a los neo-neo-modernistas que le iban a llevar rosas con lágrimas azules y algunos nenúfares. Valle-Inclán les dijo que sólo quería su reloj empeñado, que se fuesen con homenajes y sonajas a Juan Ramón. Pero Juan Ramón, solitario y sin comparsa, no quiere a sus postepígonos, aunque le vengan con una carta de Ricardo Gullón.

No habrá guerras literarias ni en el Ateneo ni en la Biblioteca Nacional ni en el Café Gijón. La música va por otra parte. Por la calle del Prado, la del Ateneo, tal vez corra el agülla que rezuman los discursos pasados, los libros antiguos, la carcoma de los muebles, la pátina de los

cuadros, los suspiros de don Gaspar Núñez de Arce, la sonrisa acaramelada de Martínez de la Rosa, las ínfulas de Donoso Cortés. Esa agülla la utilizan los anticuarios para dar brillo a sus platerías e incunables, a sus muebles y bronce. Tiene el sabor del vino añejo, el olor del papel viejo, la pintura evaporada, la carcoma estremecida, alma de la madera. Es el pasado. El Ateneo es la antigüedad, como la Academia. El esplendor de una época pasada por el pueblo que ya no volverá, por mucho que se empeñen arqueólogos, anticuarios, eminencias del pasado. El tiempo, aunque el reloj esté empeñado, no se detiene.

El Ateneo, el Círculo de Bellas Artes, son megaloinstituciones, gigantes del pasado que han perdido su andadura actual. Han envejecido y se colapsan. Precisan a la juventud; que tenga acceso no sólo a sus bibliotecas, cineclub, talleres de arte,

sino también a su dirección.

Que las guerras de intereses, caciquismos, emi-nencias grises, burocráticos, sean guerras de inteligencia, imaginación. La creación al poder. Y la crítica que mida las diferencias.

En España la política ha ido más allá que algunas instituciones culturales. Están parados en sus relojes de bronce, los esplendores sobre el mármol, el terciopelo y las maderas nobles; no se renuevan; permanecen apegados a un viejo pasado de muse-linas y arañas de cristal de roca, bailes de marquesas, juegos florales, invitaciones orladas, recepciones, comidas de ilustrisimos. El mundo ha cambiado y la cultura se despoja de sus oropeles, guir-naldas y discursos de antaño.

Se fueron los mecenas y se cerraron los salones, cuando el artista y el escritor dejó de ser el perro

fiel que sigue la voz de su amo, el animador de la fiesta, y se convirtió en la inteligencia no grata, la revolución cultural, la disidencia. Ahora, los ejecutivos de nueva cuña, fabricados con la antigua madera de los tecnócratas, cogen a los escritores, solitarios o marginales, y los llevan a actos poéticos; a escuchar de académicos, profesores y críticos los loores de su ingenio. Madrid siempre fue una fiesta de castañuelas o de palmas. La literatura (la poesía) no es tan pura como creía Juan Ramón. La visten de presentaciones, adulaciones, cristal de «duraunmés», la corta alegría de las burbujas de champán. Pero la cuerda de las presentaciones, brindis y palmas es suficiente para poner el invento en marcha. Todos sonríen; todos aplauden. ¿Quién habló de guerras literarias? Todavía la poesía del mundo, bien vale una copa.

A. SABUGO ABRIL

El cuento de la semana

«Desde el Cristo para siempre»

Por JOSE LUIS MARTIN

DESDE la ventana superior del molino de viento, los ojos de Manuela miraban el día de la isla. Más arriba, por una escalera pegada al muro redondo del molino, se iba el tragaluz por donde, a veces, las gaviotas en juego traspasaban la casa de Manuela Santina. Aquel día, esperanzada, subió hasta el tragaluz. Mirando al fondo, por entre la bruma que mordía la mar, vio penetrar al pueblo lejano donde había nacido. Muchos años antes, Juan la arrastró por la mano hasta el barco que hacía el corto viaje de la península a la isla. Atrás quedó el hondo suspiro que se escapa en las noches sin pan y sin pavor, la honda huella que hizo su barbilla metida por años en el empuje de los pechos.

—¿Volvió?

La respuesta de Manuela se confundió con el ladrido de los perros solos, con el mar del fondo gritando el miedo de los espectadores mudos. El hombre reanudó su marcha. Aunque quiso iniciar un silbido, la piel de la tierra, retorcida, hollada por las botas de agua, igual a la piel de ella, como su frente salpullida de fiebre, se lo impidió.

—¡Come!

Le puso al hijo el tazón con patatas blancas y deshechas. Se vino a la puerta de entrada mirando a la ventana, a la escalera pegada al muro y al tragaluz de la cúspide. Recaló al fin en la cabeza de su hijo los ojos cansados y llenos de distancia, después, escorando el silencio, una a una, las ventanas hasta sentarse a la lumbre de la mañana, donde despaciosamente abrió la mente a los recuerdos.

* * *

—¡Cabeza gorda, cabeza gorda!

—¡No sabe jugar!

—¡Su padre se ha muerto junto con la dorna!

Juan y Manuela le bautizaron Andrés. Hasta los cinco años, el niño creció jugando, andando y desandando el camino que le llevaba de su casa a los niños del pueblo, a las playas llenas de corazas infinitas de infinitos animales muertos, al Cristo desde donde su isla tan sólo era un espuma, una grieta o una herida de un arpón que hubiera levemente rajado la mar. Andrés, cuando su padre se abrazó para siempre a la dorna, estaba sentado a los pies del Cristo, musitando sueños,

descubriendo luces, como un hombre cuando se despeña si le falta el presente.

—Encontraron la dorna en la playa de Riomar.

Se frotó la sien con una esquirla de piedra que sobresalía del alto montículo del Cristo. Fue una herida sin sangre, sin dolor, como una caricia que le aliviara el mal repentino del alma. Desde entonces, no volvió a jugar, sí a recoger los esqueletos que lanza la mar cuando intenta desbordarse, las algas frías para mitigar la fiebre de una herida en la sien cerrada por fuera, el nácar de las caracolas para explotarlo en la boca con los dientes.

—¡Levántate!

Volvió al Cristo. Volvió a dejar jirones de piel en la esquirla de la piedra, en el montículo desde donde la isla era tan sólo una herida de arpón en la mar. Era bonito aquello que había escuchado y que dijera don Próculo en la catequesis de la iglesia. ¡Levántate! Andrés se cansó de repetirlo; acaso, pensó, no son sólo las horas del día; acaso sean también necesarias las horas más lentas de la noche. Y se quedó. Toda una noche, con una herida nueva en la sien, con la cabeza aún más hinchada que de costumbre, más pegada al Cristo que nunca, con más de cinco años, con un tiempo fuera de los

hombres, sin perder su esperanza, la esperanza de los niños, el milagro.

—¿Volvió?

Manuela Santina negó con la cabeza y con los hombros, una vez más, un millón de veces más. El hijo se terminó el tazón de patatas blancas y se vino sobre las rodillas y las manos al lado de su madre. La cara del pequeño la limpió con uno de los bordes del mandil áspero y negro. Después, como si no hubiesen pasado los años, como si su cabeza alumbrara bien, contestó a todos cuantos se habían interesado por ellos:

—Mi hijo no quiso volver. Juan, sí. Juan, sí. Tiene que crecer a este hijo que nos queda. Andrés me ve todos los días cuando saco el agua del pozo, está en los ojos más altos de la isla. El ha silenciado su cuerpo porque ya no le importa estar entre nosotros.

—Pero ¿y Juan... dónde está?

Tardó en responder. Antes, volvió a la lumbre para escarbar en ella la llama, para arrimar al pequeño, que tenía los pies ateridos.

—Andrés se me voló desde los pies a los ojos. Se me ha quedado en el Cristo para siempre. Fue su deseo.

Sin secretos

Vuelven, sin «ismos», las tertulias

● «Jueves literarios».—Los ángeles poéticos.—«Meriendan nardos»

NO sabemos si se acaba de abrir un estadio involutivo, regresivo, en la sociedad literaria, pero a medida que crece el número de presentaciones y otros actos destinados a promover la lectura —hecho que a don Miguel de Unamuno, como ya hemos comentado en otra parte, le hubiera entusiasmado, «No hay nada en la historia, o sea en el espíritu, que no haya antes estado, de una u otra forma, en el libro. Y por algo se dice que Dios escribe en el Libro de la Vida a aquellos que hayan de gozar de eternidad. Porque la eternidad la da el libro»—, a promover la lectura, decimos, crecen también las reuniones espontáneas, al amparo de un café o de cualquier otro lugar hospitalario. El Universal de Michi Panero funciona en este sentido, extrayendo su «personal» de sitios más frívolos. El café Gijón defiende estupidamente sus fueros, y Paz Fernández-Berchi, a través de su micrófono de Radio Cadena, pone su ayuda.

En Avilés, «Jueves literarios»

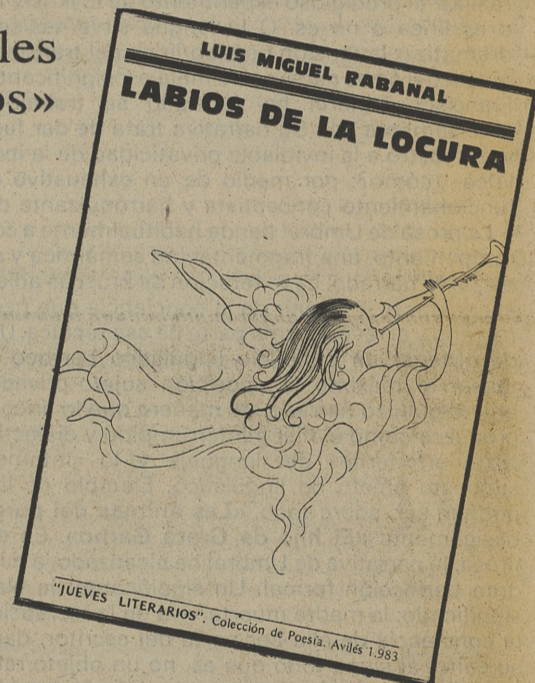
PERO siguen funcionando con singular animación las tertulias de las ciudades más importantes de las distintas regiones. Funcionan en Santiago, en Oviedo y en Torrelavega. Y en Avilés siguen una tradición muy vieja: para hacer su historia tendríamos que llegar al Avilés de don Armando. Marián Suárez Pérez, una escritora de la que se llamó «Atenas asturiana» —ahí es nada—, me anuncia que han fundado el colectivo —que es como ahora se dice— «Jueves literarios», que se corresponde con la página literaria semanal de «La Voz de Avilés». Por razones biográficas, el Discreto sabe que hasta en el Avilés de las chimeneas y el aire denso, la literatura tiene un vigor poderoso. Los «Jueves literarios» se acaban de lanzar a una aventura: el premio y la edición. Convocan un concurso de poemas, que lleva el nombre de Ana del Valle, patrocinado por la Casa Municipal de la Cultura, ganado el pasado año por Luis Miguel Rabanal por «Labios de la locura». Ya lo han publicado los participantes de estos «Jueves literarios», y publicarán otros libros más adelante.

No hay «ismos» en esta o en las otras tertulias. La vanguardia se da por definitivamente muerta, y nadie se refugia en una cómoda definición previa, que pocas veces responde al credo estético de los «refugiados». Se prefiere salir al aire, al sol o al viento polar. «se desnuda que está brilla la estrella», cantaba Rubén. Luis Miguel Rabanal es de León, y de 1957, y ya ha

publicado «Variaciones» y «Lluvia azul». Ahora saldrán otros dos libros suyos: «Cuaderno de junio» y «En los labios nombrados del olvido». En el que nos ha llegado, escribe: «Vienen los últimos temores disparados en una noche de ángeles». Los ángeles cruzan también por los versos sin rima ni medida de la Babel de Blanca Andreu, el libro que ganó el premio Rielo de poesía mística. Hay como un renacimiento un tanto inesperado de la mística en la poesía, al cabo de muchos años de sociologismo lírico.

Cómo se hace la historia

YA está ahí José Esteban, con su «Himno de Riego». Esteban no se escapa, quiere hundirse en nuestra Historia hasta los ojos y extrae sus secretos. Riego vuelve a alzar su voz libertadora contra el



absolutismo en el libro del poeta de Sigüenza, voz con la que Esteban abre el camino hacia mayores claridades en el curso posterior a la trágica biografía del general de Tineo. Esperemos que un general constitucional y libertario no ofrezca coartadas a algunos de estos aventureros que proliferan en nuestra democrática sociedad.

Ruano vuelve a confesarse

S I a medias se confesó su medio siglo, ahora se nos aparece en su tiempo total César González Ruano. El jueves se abrirá en Mapfre una singular exposición sobre su obra y su mundo. Vaya mundo: el de Valle Inclán, Juan Ramón, los «ismos» y el 27; París e Italia. Y los de la «juventud creadora». Y las reuniones matinales en esa mesa del Teide que aún se conserva. Recordamos el tropezón que hubo entre Federico García Lorca y César. «Usted —le espetó Federico— ¿sigue saliendo con esas señoras que meriendan bocadillos de jamón? Y César le había replicado: «¿Y usted con esos marineros que meriendan nardos?». Contó César la anécdota y la repito de memoria, no sé si con rigurosa exactitud.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



Coordinado por Manuel F. MOLES